

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 4. ¿QUÉ ESPERANZA GENERA EL PERDÓN?

1) INTRODUCCIÓN	1
2) EL PODER DE LA MEMORIA	2
3) LA PALABRA Y LA IMAGEN	3
4) ESPERAR Y PERDONAR	4
5) CONCLUSIÓN.....	6
6) CONCRETANDO	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR	6
8) PARA PROFUNDIZAR.....	6

1) Introducción

En el primer trimestre del curso hemos reflexionado sucesivamente sobre la esperanza conyugal, la esperanza generativa y la esperanza educativa. Son tres dimensiones fundamentales de la esperanza de la familia en un mundo en el que vivir la verdadera esperanza se ha tornado más difícil.

Ahora, en este segundo trimestre, vamos a estudiar algunas experiencias primordiales que tienen una estrecha relación con la esperanza de la familia: perdonar, trabajar y celebrar. Así, en el tema de este mes, con el que iniciamos un nuevo año, queremos profundizar en la experiencia del perdón. Y es que cada año que termina y cada año que empieza son como una invitación a vivir y reavivar el perdón de un modo nuevo, pues la experiencia del perdón está intrínsecamente ligada a nuestra vivencia del tiempo. Si recordáis, los temas de equipo del curso 2017-2018 fueron dedicados precisamente al perdón. No pretendemos sintetizar todo lo que en aquel curso vimos, aunque no estaría mal volver a echar una hojeada a aquellos temas. Nos interesa ahora de modo particular la relación entre el perdón y la esperanza. ¿Es posible vivir con esperanza sin perdonar? ¿Qué esperanza se genera en nosotros cuando recibimos la gracia de perdonar y ser perdonados?

Como nota introductoria conviene recordar que el perdón es el resultado extremo de la lógica del don. En efecto, el término perdonar proviene etimológicamente del verbo latino *per-donare*. Se trata de un vocablo compuesto por el prefijo *per-* que significa intensidad, acción completa, y el verbo *donare*, donar. Perdonar es, por consiguiente, entregar un don perfecto, consumado. Si perdonar es un modo perfecto de donar, donar es un modo particular de dar. Dar, donar, perdonar son tres verbos diferentes, pero estrechamente vinculados. Ante el pecado, Dios responde con el perdón, es decir, vuelve a darse. El perdón, al sanar

la raíz del pecado que es el rechazo del don, genera de nuevo la esperanza. Es una esperanza que brota de la paternidad de Dios que sobreabunda en Cristo.

2) *El poder de la memoria*

La experiencia del perdón tiene una estrecha relación con la purificación de la memoria. El genio de San Agustín, en su libro de las *Confesiones*, afirma lo siguiente: “*Ex memoria spes*”. Con ella indica que la raíz de la virtud de la esperanza se encuentra en la memoria. Para el santo de Hipona, la memoria esconde un misterio. La imagen que usa para acercarnos al mismo es la de un inmenso palacio (*ingens aula*). Sus múltiples estancias indican su gran potencial. A través de ella podemos recordar. Por los diversos sentidos (ojo, oído, sabores, olores, etc.), al estilo de “puertas”, entran toda clase de informaciones que la memoria guarda en forma de imágenes. Agustín se maravilla, por ejemplo, de la posibilidad de volver a percibir el aroma de una flor sin acudir a ella, sólo usando el aroma conservado en su memoria, y así con todas las cosas. Por eso, el aula de su memoria tiene que ser inmensa. Agustín llega a exclamar en el libro X de las *Confesiones*: ¡Grande es el poder de la memoria! Para el santo de Hipona la grandeza del poder de la memoria es su capacidad de trascender hasta Dios Creador. En este sentido, la memoria en la vía de la interioridad y de la trascendencia desempeña un papel muy relevante en el camino de la conversión de Agustín. Y es que la memoria es el testimonio psicológico de nuestra temporeidad y de nuestra totalidad.

La memoria es poderosa porque no se queda anclada en el pasado, sino que es memoria de una promesa, capaz de abrir al futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. A la hora de relacionar la memoria con el tiempo, Agustín distingue entre el “presente del pasado” o memoria, “presente del futuro” o espera, y “presente del presente” o intuición. Y es que el presente es una creación de la conciencia humana que condensa pasado y futuro en un “hoy”. Por eso puede tener acentos muy diferentes. Hay tiempos que están totalmente repletos con el pasado, que miran únicamente hacia atrás, otras épocas en cambio están completamente absorbidas por la angustia del instante, de modo que no queda posibilidad de mirar atrás o delante. Por último hay épocas con todo su peso en el futuro, con un presente totalmente centrado en la mirada al mañana.

Para el santo de Hipona, la memoria de Dios (*memoria Dei*) no tiene nada de recuerdo, sino que la memoria de Dios nos destina, es el lugar de la promesa porque se acuerda de aquel que promete. De este modo, la memoria posee la prenda y el fulgor de lo prometido. A la memoria de Dios como lugar de esperanza se puede oponer a veces la memoria de nuestra vida como lugar de pesadumbre. En su obra *Itinerario del alma a Dios*, San Buenaventura define la memoria con el término latino *retentio, retinere*, retener, representar. El Doctor Seráfico aclara que su objeto no son únicamente las cosas pasadas, sino las presentes y las futuras. Dice lo siguiente: “La memoria retiene las cosas pasadas por la recordación, las presentes por la susceptión, las futuras por la previsión”. Notemos, entonces, que la memoria no queda reducida a un almacén o una base de datos de una biblioteca, sino que es una facultad que conserva y elabora. Es selectiva y creativa. No es simple y no es perfecta, pues está sujeta a errores, distorsiones e ilusiones.

La memoria se encuentra en estrecha relación con los demás sentidos internos: el sentido común, la cogitativa, y la imaginación. En relación a esta última,



ambas poseen como rasgo común la presencia de lo ausente, y como rasgo diferencial, por un lado, la suspensión de cualquier posición de realidad y la visión de lo irreal y, por otro, la posición de una realidad anterior.

Nuestra memoria tiene una naturaleza afectiva. O dicho de otro modo, nuestra memoria está preñada de afectos. Los afectos “despiertan” nuestra memoria, pues nuestros afectos nos acompañan siempre, incluso los que creemos que están “dormidos” y ya no influyen en nosotros. Y es que somos seres “habitados”, y vivir es recordar, proyectar, anticipar...El arte de recordar y de olvidar no está bajo nuestro control despótico. Baste constatar que con frecuencia olvidamos lo que desearíamos recordar y viceversa.

Cuando uno queda atrapado en la jaula del rencor o en el remolino del resentimiento, es incapaz de salir de él. Las heridas afectivas dañan nuestro tejido relacional, y la amargura hace acto de presencia y parece que lo invade todo. En estas circunstancias es fundamental abrirse con la virtud de la humildad al reconocimiento de las heridas y al trabajo afectivo del perdón. Recordar significa etimológicamente pasar de nuevo por el corazón. La evocación de episodios vividos altera nuestra vida afectiva, donde se conjugan pena y alegría, melancolía y gozo, tristeza y paz, remordimiento y serenidad.

El perdón implica una purificación de la memoria, pero al mismo tiempo supone un reconocimiento de que la persona no se agota en la ofensa. La memoria reconciliada implica la liberación del resentimiento y las herencias de las culpas del pasado.

3) La Palabra y la imagen

Escuchemos juntos la Palabra de Dios:

“Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios». No hay bien para mí fuera de ti. En los santos que hay en la tierra, varones insignes, pongo toda mi complacencia. Se multiplican las desgracias de quienes van tras dioses extraños; yo no derramaré sus libaciones con mis manos, ni tomaré sus nombres en mis labios. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad. Bendeciré al Señor que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha” (*Sal 16*).

Este salmo nos ayuda a comprender mejor lo que podríamos llamar “la esperanza de la carne”. Esta esperanza está unida a la alegría del corazón, al gozo de las entrañas. Y es que el orante sabe que Dios le enseña el sendero de la vida, que no le abandona en la muerte, ni permite que se corrompa su existencia en el sepulcro. Para el orante, Dios es su único verdadero bien. Este es el motivo de rechazar toda idolatría. Como dirá el Salmo 72, 25: “Para mí lo bueno es estar junto a Dios”. San Agustín comentará: “todo lo que me des fuera de ti no vale nada. Sé tu mismo mi heredad. Eres tú a quien amo... Buscar a Dios en Dios, ser colmado de Dios por Dios. Él te basta, fuera de él nada te puede bastar” (*Sermón 334,3*).

Este salmo ha sido interpretado en el Nuevo Testamento a la luz del acontecimiento de la Resurrección de Cristo (*Hch 2,24; Hch 13,35-37*). La esperanza de la comunión con Dios, más allá de la muerte, se funda en el hecho de que Cristo vive para siempre glorificado en su carne. De este modo, la luz del Resucitado es capaz de iluminar toda la peregrinación del hombre. La esperanza del cristiano radica en la glorificación de la carne. La imagen de la estrella nos indica que el objeto de la esperanza es más alto de lo que podemos imaginar, de lo que es capaz nuestro esfuerzo. Cristo es nuestra esperanza, porque él es el astro profetizado por Balaam, la estrella que sube de Jacob.

Es a la luz del misterio pascual de Cristo donde podemos penetrar en el misterio del perdón. El Espíritu del Resucitado se derrama sobreabundantemente sobre todos aquellos que creen en Cristo. Del Corazón del Traspasado nace la fuente inagotable de la misericordia divina, capaz de regenerar a los hombres.

4) *Esperar y perdonar*

Damos ahora un paso más para preguntarnos por la estrecha relación entre las acciones de esperar y perdonar. Como hemos visto, sin memoria no existe futuro. La filósofa Amelia Varcárcel en el inicio de su libro *La memoria y el perdón* se hace dos tipos de preguntas. Las primeras remitan a la acción de perdonar: ¿Se puede perdonar? ¿Es lo mismo perdonar que olvidar? ¿Qué es perdonar? ¿Quién puede hacerlo? ¿Sirve para algo? Las segundas se refieren al espacio conceptual que las hace posibles: ¿Quién guarda la memoria del mal y lo pesa en lo que vale? ¿Qué tiene que ver la justicia con la memoria y ésta con los males que se van sucediendo? ¿Es bueno el rencor?

Nuestra memoria no es solamente individual sino también común o colectiva. En tal sentido, podemos hablar de una memoria conyugal, una memoria familiar, una memoria nacional,... El director de cine Christopher Nolan, hizo el año 2000 una película titulada *Memento*, en la que narra cómo la memoria de un investigador de una agencia de seguros fue irreversiblemente dañada por un golpe en la cabeza cuando intentaba evitar el asesinato de su mujer, que es lo último que recuerda. Ha perdido la memoria reciente y los hechos desaparecen de su mente en pocos minutos. El protagonista, entre otras cosas, va a usar su cuerpo como lugar de la memoria. Diez años después, Nolan volverá a tocar un argumento parecido con su película *Origen*.

Nuestros cuerpos son nuestra casa, el hogar primero; son pues el espacio interior pues los cuerpos, como afirma Gaston Bachelard, “están en nosotros tanto como nosotros estamos en ellos”. El cuerpo-hogar es el primer reducto contra la alienación y contra la objetivación, ese cuerpo reificado que conlleva la sujeción y el abandono de sí. Cuando en el cuerpo se vive el hábitat personal, también en la esfera corporal está inscrita la memoria: ahí emerge la capacidad de rememorar puesto que las marcas de acontecimientos pasados (las heridas vividas, sentidas, experimentadas que habrá que suturar simbólicamente, individual o colectivamente) han tenido lugar.

El historiador francés Pierre Nora, autor de una obra titulada *Los lugares de la memoria*, escribe lo siguiente: “La curiosidad por los lugares donde se cristaliza y se refugia la memoria está ligada a este momento particular de nuestra historia. Momento en el que la conciencia de la ruptura con el pasado se confunde con el

sentimiento de una memoria desgarrada; pero en el que el desgarramiento despierta aún bastante memoria para que pueda plantearse el problema de su encarnación. El sentimiento de continuidad se vuelve residual a los lugares. Hay lugares de memoria porque no hay más medios de memoria”.

Por su parte, recientemente el profesor emérito de la Universidad de la Sorbona Rémi Brague, en el congreso de noviembre pasado organizado por el CEU-San Pablo tituló su intervención del siguiente modo: “*¿La cultura de la cancelación o la cancelación de la cultura?*. Señaló que esta cultura tiene sus raíces en Descartes y la revolución francesa. Y afirmó textualmente: “Destruir lo que nos precede es una práctica antigua. En líneas generales, siempre es más fácil destruir que crear algo de la nada. Necesitamos nueve meses para concebir a un ser humano y más tiempo aún para equiparlo con una vida independiente y las herramientas intelectuales que le permitan desarrollar una carrera y aportar su granito de arena al bienestar del país. Por el contrario, todo lo que ha llevado tiempo preservar puede quedar destruido en un abrir y cerrar de ojos. Cuando tocamos lo que las generaciones anteriores han construido, deberíamos hacerlo con manos temblorosas”. Brague terminó su alocución apuntando a la necesidad del perdón: “Nuestra cultura actual está atrapada en una suerte de perversión del sacramento de la penitencia: tenemos confesiones por doquier y queremos que otros se confiesen y arrepientan. Sin embargo, no hay absolución alguna, no existe el perdón, por lo que tampoco existe ni la esperanza de una nueva vida ni la voluntad de tomar sus riendas”.

El cristianismo no culpabiliza a la gente; por el contrario, la libera del sentimiento de culpa, ya que una vez perdonado, uno puede olvidar, y sobre todo empezar de nuevo. Ahora bien, es precisamente el pecado lo que se perdona. Es incluso su definición. Se puede tomar al pie de la letra el proverbio: “para todo pecado hay misericordia”. Dios perdona siempre, pero es preciso además que aceptemos ser perdonados. Por tanto, para ser perdonado, he de reconocer que lo necesito; debo reconocer que he pecado y de esto deduzco las consecuencias.

Solo las personas pueden ser perdonadas, y solo las personas pueden perdonar. Una instancia impersonal no tiene capacidad para perdonar. El Estado no puede perdonar, no porque sea malo y vengador, sino sencillamente porque no es una persona. Quien perdona es ante todo Dios, porque es el Ser más personal que hay, más personal que nosotros los hombres.

En cierto sentido, el pecado ofende a Dios. “Dios mío, me pesa mucho haberos ofendido...” decimos en nuestro acto de contrición. ¿Cómo es esto posible? Si Dios es Dios, nada podemos hacerle, en el sentido de que no es posible causarle heridas ni molestias, como se hace con un hombre.

Es a nosotros mismos a quienes hieren nuestras faltas. Santo Tomás de Aquino ya escribía: La única manera de ofender a Dios es actuando contra nuestro propio bien. El Génesis dice que el hombre está hecho a imagen de Dios (Génesis 1, 26). Si se escupe sobre un cuadro, en cierto modo eso no le hace nada al pintor, y es el cuadro lo que uno estropea. Sin embargo, el pintor sufre al ver de ese modo su obra desfigurada. Es en este sentido que se hiere a Dios. Lo otro es que el mismo cuadro se escupiese a sí mismo. Ofender a Dios y ofender a los demás hombres no son por lo tanto dos cosas. Es imposible hacer una cosa sin la otra.

5) **Conclusión**

De la memoria nace la esperanza puesto que es fundamento de la misma. Para poder crecer en esta virtud, es necesario aprender a purificar el corazón. La memoria humana es encarnada, y su naturaleza es afectiva y concreta.

El matrimonio y la familia es una verdadera escuela de perdón. El amor que vincula a sus miembros es el motor que promueve perdonarse unos a otros. En la familia se viven diferentes amores y por ello diferentes modalidades de perdón. El amor conyugal, el amor paterno-filial, y el amor fraterno originan otros tantos modos de perdón. El que es más natural es el perdón de los padres hacia los hijos, pero en todos ellos hay que ejercitarse y resulta todo un arte con el devenir del tiempo y las dificultades y heridas que todo camino humano conlleva.

El gran maestro del amor y del perdón es Jesucristo. De su Corazón traspasado brota sobreabundante el don del Espíritu, capaz de regenerar al hombre. La Virgen María, esposa del Espíritu, es Madre de misericordia y memoria viva de la Iglesia como gran familia, pues a través de la memoria de María accedemos al misterio de Cristo y se despierta y crece la esperanza.

6) **Concretando**

1. ¿Qué relación hay entre la esperanza y el perdón?
2. Comenta la importancia de la memoria como raíz de la esperanza.
3. Comenta la cultura de la cancelación y la importancia de la memoria común como manantial de futuro.
4. ¿Se te ocurre alguna pista o práctica conyugal o familiar para vivir el sacramento del perdón como fuente de esperanza?

7) **Práctica familiar**

Ver como equipo una película sobre la esperanza y comentarla. Como sugerencia podría ser *De dioses y hombres*, que afronta el tema del martirio.

8) **Para profundizar**

- A. VALCÁRCEL, *La memoria y el perdón*, Herder, Barcelona 2010.
- A. PAGÈS, *Sobre el olvido*, Herder, Barcelona 2012.
- P. NORA, (dir.); *Les Lieux de Mémoire*, Gallimard, París 1984.
- G. BACHELARD, *La poética del espacio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 2000.